

EL PODER NAVAL Y LAS GUERRAS CON FRANCIA. CATALUÑA, 1652-1673

Antonio ESPINO LÓPEZ
Universidad Autónoma de Barcelona
Recibido 13/01/2020 Aceptado 16/02/2020

Resumen

En el presente trabajo se analiza, en la coyuntura bélica que iría de 1652 a 1673, cómo la estrategia defensiva hispana en Cataluña, en los conflictos habidos contra Francia, pasó por los intentos a la desesperada de mejorar las principales defensas marítimas del Principado, aparte de Barcelona, Rosas, Cadaqués y Palamós, toda vez que las unidades de combate, ya fuesen galeas o galeones y/o fragatas, apenas si podían garantizar dicha defensa por encontrarse la marina de guerra en franca decadencia. Para nuestro propósito se ha analizado, contrastándola, información procedente de diversas secciones del Archivo de la Corona de Aragón y del Archivo General de Simancas.

Palabras clave: Monarquía Hispánica, Marina de Guerra, Cataluña, decadencia, siglo XVII, Felipe IV, Carlos II.

Abstract

In this paper it is discussed, at the war situation that would go from 1652 to 1673, how the Spanish defensive strategy in Catalonia, in the

conflicts that took place against France, was based on the attempt to improve the main maritime defenses of the Principality, i.e. Barcelona, Rosas, Cadaqués and Palamós, since the combat units, whether they were galleys or galleons and/or frigates, could not guarantee such defense at that time because the navy was in the beginning of its decline. For our purpose, information from various sections of the Archive of Crown of Aragon and the General Archive of Simancas has been analyzed, contrasting it.

Key words: Spanish Monarchy, Navy, Catalonia, Decline, Seventeenth century, Philip IV, Charles II.

S notoriamente injusto el escaso interés que ha suscitado el papel de la marina de guerra en el transcurso de los conflictos producidos en el frente catalán en la segunda mitad del siglo XVII¹. Si para la recuperación de Barcelona por las armas reales en octubre de 1652 fue, sin duda, clave el esfuerzo marítimo realizado², en los siguientes sitios padecidos por la Ciudad Condal aquellas décadas siempre triunfó el ejército, no solo compe-

(1) ESPINO LÓPEZ, A.: «La presión de la armada francesa sobre los reinos de la Corona de Aragón durante el reinado de Carlos II, 1665-1700», *Revista de Historia Naval*, núm. 86, Madrid, 2004, 7-28; ÍDEM: «El Mediterráneo en la estrategia aliada durante la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697», en VV.AA.: *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España. V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1998, pp. 681-694; BONNERY, M.: «Les opérations navales en Méditerranée (1672-1697): une lutte européenne au détriment de l'Espagne», en VV.AA.: *Entre Clío y Casandra. Poder y sociedad en la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna. Cuadernos del Seminario Floridablanca*, núm. 6, Universidad de Murcia, 2005, pp. 189-210. Años atrás habían tratado el tema FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española* V, Madrid, 1973; OLESA, F.F.: *La organización naval de los Estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII*, Editorial Naval, Madrid, 1968. Y más recientemente contamos con PI CORRALES, M. de Pazzis (coord.): *Armar y marear en los siglos modernos (XV-XVIII)*. *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, Anejo V, UCM, Madrid, 2006; O'DONNELL, H. (coord.): *Historia militar de España. Edad moderna I. Ultramar y la Marina*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2013; ESPINO LÓPEZ, A.: *La frontera marítima de la Monarquía. La Marina de Carlos II*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2019.

(2) Todavía en 1667 el marqués de Mortara recordaba cómo «estando amenazados todos los puertos y plazas marítimas por la gran armada de franceses, no queda otro recurso para socorrerlas que el de las galeras poniendo a V.M. presente lo que en Tarragona y en otras muchas partes obraron introduciendo socorros en la guerra pasada de Cataluña a vista de poderosas armadas pudiéndolo ejecutar porque éramos superiores en galeras a los enemigos». Archivo General de Simancas (AGS), Guerra Antigua (GA), leg. 2134, consulta del Consejo de Guerra (CG), 4/VI/1667. Como recuerda D. Maffi, la Monarquía Hispánica pudo organizar en 1650 una flota, heredera de la que ayudó a mantener a Nápoles bajo control hispano en 1647-1648, de 33 barcos de guerra y 22 galeras, además de ochenta unidades de transporte, para la recuperación de los Estados de los Presidios de la Toscana, ocupados por Francia en 1646. Parte de esas unidades se desviaron posteriormente a la costa catalana. MAFFI, Davide: *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*, Actas, San Sebastián de los Reyes, 2014, p. 118.

tente por sus tropas de tierra (y su artillería de batir), sino también por su despliegue marítimo³, como ocurrió en 1697 con el del duque de Vendôme⁴, o en 1705 con la enorme armada de los aliados (y las tropas desembarcadas)⁵. En este trabajo nos vamos a ocupar del periodo que iría de la recuperación de Barcelona en octubre de 1652 y hasta el inicio de la guerra de Holanda en 1673. Unas décadas impregnadas de un fuerte belicismo y en las que analizaremos cómo la estrategia defensiva hispana en Cataluña pasaría por los intentos a la desesperada de mejorar las que podríamos considerar, aparte de Barcelona, las principales plazas marítimas: Rosas, Cadaqués y Palamós. Para nuestro propósito se ha analizado, contrastándola, información procedente de diversas secciones del Archivo de la Corona de Aragón y del Archivo General de Simancas.

Una guerra demasiado larga, 1652-1659

Cuando, en octubre de 1652, el marqués de Olías y Mortara estaba redefiniendo las necesidades militares de la Monarquía en Cataluña, no dudó en señalar a Felipe IV la conveniencia de contar como mínimo con una flota estable de 12 galeras en Cataluña, pudiendo servir utilizando los puertos de Barcelona, Palamós y Cadaqués, pues el resto de las unidades, ya fuesen galeras o bajeles, deberían regresar a Cádiz o a Nápoles⁶. Pronto se evidenció que tales fuerzas marítimas no podrían permanecer en aguas catalanas, pues en octubre de 1653 el nuevo virrey, don Juan José de Austria, quien planteó la oportunidad de recuperar la plaza de Rosas, lo hizo con la condición de contar con fuerzas marítimas suficientes para dicha expugnación, de ahí la importancia de que los navíos y las galeras de Sicilia tuviesen suficientes bastimentos –los primeros disponían de suministro hasta el día 10 de noviembre y las segundas hasta el 15 de noviembre–. Es más, don Juan intuyó lo que podía pasar: que estos barcos se tuviesen que marchar en busca de suministros, dando lugar a una situación comprometida al quedarse la bahía de Rosas sin guardia por mar mientras se

(3) Olivier Chaline refiere un aumento notable de la «primera marina» de Luis XIV, la construida por Colbert y sus acólitos entre 1661 y 1678. De un total de 31 unidades en 1661 se pasó a 123 en 1671; dichas cifras se mantuvieron bastante estables: 125 unidades en 1679, 130 en 1688. Pero no todo eran luces: de medio centenar de navíos inspeccionados en Tolón en 1677, la mitad presentaban defectos de construcción. CHALINE, Olivier, «La marine de Louis XIV fut-elle adaptée à ses objectifs?», *Revue historique des armées*, núm. 263, 2011, 1-13.

(4) ACERRA, M.; MERINO, J.; MEYER, J., y VERGE-FRANCESCHINI, F.: *Les marines de guerre européennes XVIIe- XVIIIe siècles*, Economica, París, 1998; PETER, Jean: *Les artilleurs de la Marine sous Louis XIV*, Economica, París, 1995; MONAQUE, Rémy: *Une histoire de la marine de guerre française*, Perrin, París, 2016.

(5) ESPINO, Antonio: *Cataluña durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697*, Bellaterra (Monografías Manuscritos nº 5), 1999; ÍDEM: *La guerra de los catalanes, 1652-1714. El teatro de Marte*, Edaf, Madrid, 2014.

(6) Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón (CA), leg. 263/1, Olías y Mortara a Felipe IV, 26/X/1652.

operaba por tierra, lo cual era inadmisible. También se debían enviar desde Cádiz algunos bajeles, jarcias y barcos longos para aquella operación. En cuanto a tropas, de la Armada creía don Juan que solo podría contar con unos ochocientos hombres, pues cuando se desembarcaron en Blanes y se hizo muestra había unos mil y se debían de haber perdido sobre los doscientos entre fugados y enfermos; además se contemplaba dejar los barcos en el puerto, pero casi sin personal para defenderlos. Don Juan, que solo consiguió movilizar 6.200 infantes y apenas 1.500 efectivos de caballería, trescientos de ellos de muy baja calidad, también supo que tenía muy difícil intentar alguna cosa contra Rosas, «plaza marítima tan regular, bien fortificada y acabada de socorrer». Así que dejó correr la oportunidad de tomarla⁷.

La operación fallida contra Rosas es, a nuestro juicio, muy importante por ser un síntoma: en Cataluña apenas habría dinero para la guerra ofensiva, que en el caso que nos ocupa se centraría en la total expulsión de los franceses del principado catalán, entre 1652 y la paz de los Pirineos de 1659, de ahí que las operaciones conjuntas entre el ejército de tierra y la Armada, a las que tanto rendimiento sacaría Francia, apenas se plantearon en el caso hispano. Es más, sin apenas grano para pasar el invierno –el suministro de trigo llegado de Cerdeña y Sicilia solo aseguraba existencias hasta enero de 1654–, don Juan se planteó hacer invernar las tropas de la Armada lejos de Cataluña, en La Rioja y Aragón, para evitar sobrecargar con alojamientos de soldados al maltrecho campesinado catalán –que soportaba las cargas de la guerra desde 1639⁸.

Como cada primavera, en mayo de 1654 don Juan solicitó la llegada de galeras y bajeles a Cataluña, indispensables para el transporte de tropas y suministros hacia los puertos del norte, Palamós y Cadaqués, desde donde se abastecían con facilidad las tropas que protegían Gerona y el Ampurdán. De hecho, solo el 17 de junio llegaron seis galeras de Nápoles transportando ochocientos hombres. Pero don Juan sobre todo recelaba de noticias como la llegada a Rosas de dos navíos cargados de bastimentos, nueva que parecía confirmar sus informes sobre la base de Tolón, donde se aprestaban ocho navíos de guerra y hasta 12 mercantes que se habían embargado para transportar medios de guerra a Rosas para el ejército de Francia. Como confesaría en agosto, su principal recelo con respecto a la armada de Tolón era que los franceses intentasen expugnar una plaza como Tarragona «porque además de tener muy flaca guarnición, está abierta la muralla por muchas partes, desechas las estacadas y la artillería en tierra, y siendo el enemigo dueño de la campaña con armada en la mar, y qué comer en el país (como es cierto lo hallará), no sería muy imposible que le penetrase a hacer una operación tan

(7) ACA, CA, leg. 263/1, copia de carta de don Juan a Felipe IV, 20/X/1653. Un barco francés cargado de trigo para Rosas entró desarbolado por una tempestad en el puerto de Blanes, de ahí que se supiera lo bien abastecida que estaba la plaza. ACA, CA, leg. 263/1, consulta del CA, 26/XI/1653.

(8) ACA, CA, leg. 263/1, consulta del CA, 26/XI/1653.

grande y tan fácil si sabe el estado de aquella plaza». El problema añadido era la falta de tropas, pues si quería reforzar la escasa guarnición de Tarragona –apenas tenía doscientos hombres– solo podía ser a costa de sacarlas de Gerona o de Barcelona, lo cual era inaceptable. Por otro lado, también estaban en peligro Cadaqués y Palamós, donde siempre hubo muy poca guarnición, pero su situación no era tan extrema porque, en caso de necesidad, se podía llevar por mar –si se contaba con galeras suficientes, claro–. La única noticia positiva aquellos días fue que las galeras y un bergantín habían atrapado cuatro embarcaciones de piratas berberiscos, de modo que 160 esclavos irían a remar a las galeras⁹.

En la campaña de 1655, y para dolor de don Juan, antes de recibir la armada hispana ya se había prevenido la francesa. En la bahía de Rosas, informaba un atribulado virrey, el 19 de mayo se encontraban seis galeras, siete navíos y tres saetías de Francia, y según su pronóstico su objetivo sería Cadaqués, si bien el resto de la Marina (hasta Blanes) ahora estaría en sus manos, de modo que no sabía de dónde sacar algunos bagajes para tránsitos y dónde alojar a parte de la caballería si salía esta a campaña –uno de los males de no dominar todo el territorio posible en Cataluña–; tampoco sería muy factible enviar ayuda hacia Gerona por mar, una circunstancia que aún era más seria. Ciertamente, los franceses pusieron sitio a Cadaqués, donde a fines de mayo ya no pudieron entrar unos bergantines de apoyo enviados por don Juan por tener tomada la bocana del puerto. Por entonces, las esperanzas del virrey se centraban en la llegada de las galeras de Italia –y las tropas que llevaban¹⁰. De hecho, ante la ausencia de riesgo¹¹, y dado que los designios de Francia aquel verano eran devastar el Ampurdán y presionar hacia la Montaña –en dirección a Besalú y Bascara–, hasta cinco galeras de Francia se habían ido a Cerdeña a corsear, pero de allá llegó una de las hispanas dando noticias sobre que alguna o algunas se habían perdido –había restos en el agua–, noticia que alguna otra embarcación pareció poder confirmar según don Juan. Pero la campaña no había terminado, y en septiembre desde Mataró se informó de la presencia de 26 velas que, poco después, se confirmaba eran de Francia y se dirigían a Palamós, adonde también se acercaba el príncipe de Conti con sus tropas para bloquear dicha plaza. Palamós era lo único que le quedaba a Felipe IV para defender la Marina, y si era capturado también estaría en peligro Hostalric, la única plaza que ofrecía algo de apoyo a Gerona y cerraba el camino real hacia

(9) ACA, CA, leg. 263/1, consultas del CA, 6-19/V/1654. ACA, CA, leg. 304/76/1, copia de carta de don Juan al rey, 26/IX/1654; FELIU DE LA PEÑA, N.: *Anales de Catalunya III*, Barcelona, 1709, p. 334.

(10) ACA, CA, leg. 263/1, consulta del CA, 25-29/V/1655. ACA, CA, leg. 401, don Juan B. Arespacochaga, secretario de don Juan José de Austria, a don Diego de Sada, secretario del Consejo de Aragón, 29/V/1655.

(11) Don Juan reclamó en agosto la llegada de la armada de Nápoles para la defensa de la costa catalana, pero aquel año había ido a socorrer Milán, dado que los franceses habían atacado fuerte por allá y no se esperaba su armada en las costas catalanas tras el ataque a Cadaqués. Un error. AGS, Estado, leg. 2672, consulta del Consejo de Estado (CE), 28/VIII/1655.

Barcelona. El Consejo de Estado, ante la demanda de don Juan de disponer de las tropas de la Armada –las galeras de Nápoles y Sicilia, en realidad–, ordenó al marqués de Bayona, quien la dirigía, que si topaba con la armada enemiga a la altura de las islas Medas buscarse el combate, pero si no era así le debía ceder a don Juan las tropas embarcadas. De hecho, el marqués de Bayona señaló que solo podría desembarcar 150 hombres de los 350 que llevaba, pero antes de que se produjese otra contingencia ocurrió algo más. Mientras, el 19 de septiembre, el príncipe de Montesarco, en una galera napolitana, logró forzar el bloqueo naval de Palamós y llevó a dicha plaza suministros y algunos artilleros. El 21 se levantaba el sitio de Palamós gracias a la presencia de la armada hispana –veinte bajeles y trece galeras, según Feliu de la Peña, quien asegura que la francesa portaba treinta bajeles–. El 1 de octubre se produjo una batalla naval frente a Barcelona entre las dos armadas, perdiendo los franceses dos navíos, mientras que las naves españolas hubieron de marcharse hacia Cartagena para restañar sus heridas; las francesas no volvieron a verse, de modo que se presuponía que debían de haber partido hacia sus puertos. La flota hispana regresó poco más tarde para patrullar las aguas catalanas, y a fines de octubre ayudó a recuperar el castillo de Begur¹².

La contingencia que señalábamos es que el marqués de Bayona alegase que si cedía sus hombres al virrey de Cataluña no tendría bastimentos suficientes para aguantar a su regreso del frente si se reembarcaban para el 15 de diciembre. Dicho extremo, que don Juan refrendó en una carta del 30 de octubre para el Consejo de Estado, hizo que este solicitase a Felipe IV su retorno inmediato a Italia, si bien en noviembre de nuevo don Juan escribió solicitando que los virreyes de Sicilia y Nápoles concertasen con hombres de negocios de Barcelona antes de cada campaña crédito suficiente para que se pudiese dar de comer a las galeras de ambos reinos al acabar la misma, pues cada año, cuando eran más acuciantes las necesidades de bastimentos, es decir, al final de la campaña, apenas si quedaba algo para darles de comer de los asientos de granos firmados –que casi siempre fueron escasos; en el asiento de 1655 firmado por P. de Aguerri, este se quejó de que se le adeudaban 235.294 reales¹³.

Una noticia de la primavera de 1656 demuestra, creemos, que la falta de iniciativa en la guerra marítima restó muchas posibilidades en aquel conflicto. El nuevo virrey de Cataluña, marqués de Mortara, envió dos bergantines a atacar las barcas francesas que llevaban suministros a Rosas procedentes del río de Narbona y las tomaron, llevando su carga a Palamós: cuatrocientos sacos de harina, sesenta de trigo y otros tantos de mijo, nada menos. Pero, aparte de dichos efectivos, todo indica que las únicas unidades marítimas que llegaron a Barcelona fueron las galeras de Cerdeña del duque de Tursis, que

(12) ACA, CA, leg. 263/1, consulta del CA, 17/VII/1655. ACA, CA, leg. 401, don Juan B. Arespacochaga a don Diego de Sada, 11-18/IX/1655 y 2-9/X/1655. ACA, CA, leg. 263/1, consulta del CA, 22/IX/1655. AGS, Estado, leg. 2672, consulta del CE, 2/X/1655. FELIU DE LA PEÑA, *Anales de Cataluña* III, pp. 337-339.

(13) AGS, Estado, leg. 2672, consultas del CE, 30/X/1655, 28/XI/1655 y 17/XI/1655. ACA, CA, leg. 403, Mortara a Felipe IV, 20/V/1656.

llevaron seiscientos hombres de Málaga a la Ciudad Condal en julio, cuando Mortara solicitó que se quedaran en aguas catalanas. Alguna cosa consiguió, pues vigilando constantemente al contrario para que no tomase Gerona o Palamós, Mortara se dirigió hasta esta última en la galera capitana del duque de Tursis (a inicios de septiembre) para, desde allí, concentrar todas sus fuerzas en Gerona. Pero a Tursis no le acababan de gustar aquellos manejos de Mortara, pues desde Sant Feliu de Guíxols, donde se hallaba con dos galeras, escribió al Consejo de Estado en septiembre informando de cómo el virrey de Cataluña había hecho desembarcar la chusma de la galera enviada a Palamós para que trabajase en sus fortificaciones, a pesar de hallarse «muy enferma y flaca». En general, se quejaba de que la costa catalana estaba muy dejada y falta de todo a nivel defensivo, una información que, a su vez, sirvió al Consejo de Estado para reclamarle a Felipe IV que todos los medios marítimos disponibles se enviasen a Cataluña¹⁴.

Para julio de 1657, de las tres galeras de las que se disponía de servicio en Cataluña sólo quedaba una, y el virrey Mortara representaba una vez más el peligro de perder una plaza marítima de la importancia de Palamós. La Junta de Guerra de España demandó cuatro para la costa catalana, mientras el intento de Francia de hacer plaza de armas en La Bisbal tenía como intención cerrar la salida al mar de Gerona. Felipe IV le aseguró que se enviarían dos galeras con los cuatrocientos hombres previstos que de Málaga debían pasar a Cataluña. Los temores de Mortara se confirmaron cuando escribía a primeros de agosto cómo los franceses se hallaban a media legua de las murallas de Palamós y cada día había escaramuzas ante sus murallas; además, estos esperaban hasta 2.000 hombres que se hallaban entre Narbona y Leucata para engrosar sus filas, con los cuales «podrá obrar a medida de su gusto, pues me hallo sin infantería ni medios ningunos para oponérme ni para hacer la menor defensa del mundo ...». Pero el objetivo de Francia aquella campaña no era Palamós, sino inquietar a Barcelona nada menos, pues en septiembre había acumulado hasta cerca de 8.000 efectivos entre Blanes y Arenys de Mar, bajando más tarde hasta Granollers, aunque poco después el rival giró con sus tropas hacia el interior, en dirección a Vic. Qué hubiera pasado de disponer Francia de una armada aquella campaña nadie lo podrá saber, pues todavía el 29 de septiembre no habían llegado los refuerzos de tropas en las galeras de Tursis. Mortara viajó hasta Blanes, donde desembarcó para asistir lo antes posible a Hostalric, Gerona y Palamós, tres plazas en peligro en aquel momento. No obstante, la campaña acabaría muy tarde, ya en diciembre, pero sin mayores contratiempos de peso¹⁵.

(14) ACA, CA, leg. 403, Mortara a don Diego de Sada, 25/V/1656, 20-29/VII/1656 y 2-9/IX/1656. AGS, Estado, leg. 2673, consulta del CE, 28/IX/1656.

(15) AGS, GA, leg. 1895, consulta de la Junta de Guerra de España (JGE), 20/V/1657. ACA, CA, leg. 311/16, consulta del CA, 17/VII/1657. ACA, CA, leg. 404, Mortara a Felipe IV, 2/VIII/1657; Mortara a don Cristóbal Crespí de Valldaura, vicecanciller del CA, 2/IX/1657; don Agustín de Coca, secretario del virrey, a don Diego de Sada, 22-29/IX/1657; Mortara a Sada, 30/IX/1657.

Tursis solo llegó a Barcelona en octubre de 1657 con algo más de cuatrocientos hombres para el ejército de Mortara, pero quizá con ánimo de compensarle por sus desvelos, aunque tardíos, Felipe IV le concedió en febrero de 1658 todos los prisioneros franceses que hubiesen hecho los corsarios mallorquines, para reforzar la chusma de sus galeras, así como todos los condenados a galeras de los reinos de la Corona de Aragón. Mortara no dejó pasar la ocasión de quejarse de algunas cosas, de manera que comentó con alguna acritud el hecho de tener orden de embarcar a los condenados a galeras que hubiese en el Principado solo en la capitana de Cerdeña, cuando hacía dos años que no aparecía, contándoles a los condenados, unos ocho o diez, la pena a la que les habían sentenciado desde el momento en que se pronunció la misma. Mortara pidió permiso para que aquellos hombres se embarcasen en cualquier galera que se hallase «en este puerto de España», es decir Barcelona. Fuera de estas discusiones, el peligro real eran los 14 bajeles de que Francia disponía aquel año en Tolón, a los que se podía unir un número similar de unidades inglesas –Mazarino se había aliado con la Inglaterra de Oliver Cromwell en 1657–. Por ello, en agosto Mortara solicitó al duque de Tursis cinco o seis de sus galeras de Cerdeña para que fuesen a correr la costa hasta el puerto de Cadaqués, a fin de intentar impedir que a los franceses les llegasen víveres y tropas por mar con tanta facilidad¹⁶. Ni la armada francesa actuó aquel año en la costa catalana, ni Felipe IV quería alargar más la lucha en 1659 –entre mayo y julio, es decir, a inicio de la campaña, se firmaron unas treguas por el frente catalán–, de modo que la situación se deslizó hacia la paz en noviembre de dicho año.

Cómo desaprovechar una paz, 1659-1668

Desde la paz de los Pirineos de 1659, la maltrecha monarquía de Felipe IV, que todavía pugnaría por el sometimiento de Portugal hasta 1668, tuvo una oportunidad para mejorar la situación defensiva de algunos de sus puntos neurálgicos, como Cataluña –junto con los Países Bajos y Milán–. Hasta el inicio de la guerra de Holanda a fines de 1673, una paz inestable –de hecho, hubo guerra en 1667-1668– presidió aquellos años a causa de la política cada vez más agresiva de Francia. La mejor fórmula para prepararse ante las futuras agresiones francesas era invertir todo el dinero posible en mejorar las fortificaciones catalanas, sin olvidarse de puertos como Palamós, Cadaqués o Sant Feliu de Guíxols, todos ellos importantes como hemos ido viendo en el transcurso de las campañas. Pero llegó muy poco dinero a Cataluña.

Ya en enero de 1660 el virrey Mortara había trazado planes para mejorar las defensas –y las guarniciones– de plazas como Rosas, donde debería situar

(16) AGS, Estado, leg. 2675, consultas del CE, 28/IV/1658 y 9/VII/1658. ACA, CA, leg. 312, Mortara a Felipe IV, 6/VII/1658. ACA, CA, leg. 313, consulta del CA, 4/VIII/1658. ACA, CA, leg. 406, Coca a Sada, 3-10/VIII/1658.

cuatrocientos hombres, Cadaqués y Palamós, donde debería haber ochenta efectivos en cada una, además de fortificar Figueras. En Rosas, por ejemplo, en junio de 1661 su gobernador escribió a Mortara informando de que únicamente tenía los oficiales vivos de dos tercios y siete soldados de guarnición, con los que no puede hacer las guardias ni cubrir las murallas, con lo que solo la puerta del castillo tiene vigilancia. Muy poco se hizo en los siguientes años, pues el nuevo virrey de Cataluña, marqués de Castel-Rodrigo, se quejó en julio de 1663 de no tener dinero para trabajar en las defensas de la Marina, como Rosas –donde solo había 140 hombres de guarnición–, Cadaqués o Palamós. Y se lamentaba: «aquí [en Cataluña] va acabándose la gente [del ejército] con fugas y muertes de pura necesidad»¹⁷. El remedio para la falta de tropas en Cataluña se demoraba en otras ocasiones por la ausencia de galeras disponibles para su transporte; así ocurrió en febrero de 1664, cuando el Consejo de Guerra solicitó al rey el envío de 10.000 reales para el embarco urgente en Málaga de doscientos hombres con destino a Barcelona, porque estaban detenidos allá por falta de galeras. Además, se debían enviar otros 20.000 reales para completar una leva para Mahón, un dinero que en parte ya se había gastado en mantener a las tropas para Barcelona, que llevaban demasiado tiempo en Málaga. Las levas en Málaga se justificaban por haber en aquella ciudad mucha gente «ociosa y mal entretenida»¹⁸.

Cuando Vicente Gonzaga se hizo cargo del virreinato catalán, en uno de sus primeros informes detectaba la necesidad de mejorar las defensas de Cadaqués, para él el mejor puerto de la zona, aunque tampoco descartaba mejorar Palamós. De hecho, en mayo de 1664, Gonzaga dijo poseer informes del mal estado de los puertos de Palamós y Barcelona, por lo que era necesario limpiarlos para que las galeras reales contaran con aquellos refugios tan necesarios. Ya el 17 de mayo, don Vicente Gonzaga había pedido al rey que se empleasen 400.000 reales en cuatro años para aquella limpieza de arenas del puerto de Barcelona, mientras que la propia ciudad proponía que fuesen 10.000 las libras (100.000 reales) que anualmente, de lo que se debía atrasado de la Bula de Subsidio, Cuarta y Excusado, se empleasen en dicha tarea¹⁹. Pero muy pronto, cuando Gonzaga revisó la necesidad de enviar tropas a Cataluña en 1665, volvían a saltar las alarmas: en la plaza de Rosas se necesitaban quinientos hombres y solo había 173; en Palamós eran necesarios trescientos y solo había efectivos cuarenta y ocho; en las islas Medas, desde donde se avistaba la llegada de la flota francesa, Gonzaga quería tener veinte hombres, cuando por entonces había apenas cuatro en servicio, y en Cadaqués se necesitaba un centenar y solo quedaban veintitrés. Sin duda, las noticias de que aquel verano –los franceses movilizaron una flota de ocho navíos y once galeras con 2.000

(17) AGS, GA, leg. 1958, consulta del CG, 5/VI/1661. AGS, GA, leg. 1954, Mortara a Felipe IV, 11/I/1660. AGS, GA, leg. 2028, Castelrodrigo a don Diego de la Torre, secretario del Consejo de Guerra, 14/VII/1663.

(18) AGS, GA, leg. 2052; consulta del CG, 6/II/1664.

(19) ACA, CA, leg. 318; consulta del CA, 17/V/1664. ACA, CA, leg. 318, Gonzaga a Felipe IV, 31/V/1664.

soldados embarcados aparte de sus tropas habituales, en principio para ir contra Berbería– sirvieron para que el Consejo de Aragón intentara arrancar un compromiso mayor para con las fortificaciones inacabadas de Cataluña –en Rosas, Gonzaga había acabado un revellín, pero poco más se había hecho–. Pero del envío de una flota de guerra al Principado nadie habló²⁰.

De todas formas, el Consejo de Aragón se preocupó lo suficiente para, en noviembre de 1665, escribirle a la viuda de Felipe IV, Mariana de Austria, dándole a entender que la acumulación de tropas de Francia en Perpiñán les permitiría, con un golpe de mano, tomar Camprodón en la Montaña y Rosas o Cadaqués en la costa del Ampurdán. Y merced al camino abierto por el Consejo de Aragón, el virrey Gonzaga insistió en que el marqués de Bellefonds podría apoderarse de Cadaqués y hasta de Palamós, cuando solo se le ocurría destinar doscientos hombres que tenía en Barcelona a la defensa de Rosas –que, en realidad, necesitaba 2.000 hombres para una defensa regular–, transportándolos en dos galeras de las que disponía para el envío de medios de guerra hacia el norte y que se encontraban en Palamós. Cadaqués era indefendible a causa de estar la plaza a la vista de eminencias que deberían ser fortificadas, pues de no hacerlo siempre podrían caer en manos del enemigo. De hecho, en Palamós estaba Juanetín Doria con cuatro galeras y doscientos hombres en ellas que eran todo su resguardo²¹. Obviamente, necesitaba hombres y dinero para la mejor defensa posible del Principado. Solo en enero de 1666 llegaron 240 hombres en las galeras de Génova, y como de la Corte enviaron poco más de 65.000 reales para el arreglo de las fortificaciones y fundición de la artillería, cuando Rosas recibió apenas 14.880 reales de dicha cifra y Palamós y Cadaqués nada, el virrey Gonzaga optó por encargar un informe sobre la situación de las defensas de Cadaqués al general Marco Antonio de Genaro y al ingeniero Godofredo Hogrell. Estos aseguraban que en la boca del puerto de Cadaqués había una isla, llamada Delandes (o de Landes), donde se podría construir un fuerte de cinco baluartes, pero si caía Cadaqués la fortificación de la isla no serviría de nada. El problema era que Cadaqués podría ser atacado desde Port Lligat, situado a dos tiros de mosquete de la primera, donde había una torre construida por los franceses con capacidad para

(20) AGS, Estado, leg. 2682, consulta del CE, 7/VI/1665. ACA, CA, leg. 418, Gonzaga a Felipe IV, 20/VI/1665. ACA, CA, leg. 319, consulta del CA, 10/VII/1665. AGS, Estado, leg. 2683, consultas del CE, 9/VII/1665 y 5/IX/1665. ACA, CA, leg. 1337, Gonzaga a Mariana de Austria, 23/XI/1665. Para el Consejo de Aragón las plazas fundamentales en Cataluña eran Barcelona, Rosas, Puigcerdà y los puertos (Cadaqués y Palamós).

(21) Pagano Doria, otro de los asentistas de la escuadra genovesa, escribió a Mariana de Austria solicitando invernar en Cataluña y no en Cartagena, como estaba previsto en un principio. Doria alegó que la seguridad de Cataluña estaba asegurada si dejaban cuatro galeras en Barcelona, otras tantas en Palamós y seis en Cadaqués. El caso es que se disponía de hasta tres puertos como fondeadero posible, y en función de la comodidad de cada lugar se enviarían más o menos galeras. Pero le constaba, y ello era lo importante, que las tripulaciones estarían cómodas en Cataluña para pasar el invierno. Y al Consejo de Estado le pareció bien. AGS, Estado, leg. 3612/63-64-65, Pagano Doria a Mariana de Austria, Barcelona, 5-15/XII/1665; consulta del CE, 15/XII/1665.

artillería, pues contaba con troneras y hasta seis garitas; pero es que, además de Port Lligat, el enemigo podía desembarcar artillería en la cala Guillola, a la izquierda de Port Lligat, y desde allá atacar la torre y tomarla en poco tiempo, desembarcando después en él para dirigirse posteriormente a Cadaqués. Por otro lado, existía otra torre en la zona que miraba a Cotlliure, levantada también por los franceses, a un tiro de mosquete de distancia, donde igualmente, de ser ocupada por el enemigo, este podría instalar sus baterías para atacar Cadaqués. Eran del parecer de que esta torre se calzase con baluartes pequeños, pero que permitiesen albergar parte de la guarnición de Cadaqués y defender así la posición del enemigo, impidiendo la expugnación de la plaza desde aquella posición. Pero, para colmo de males, en la zona que miraba hacia Roses había una colina, que llamaban el Colomer, situada a tiro de arcabuz de la villa y que dominaba la antigua muralla de la parte de la iglesia, que estaba podrida y que caería solo a tiro de mosquete; dicha colina no podía fortificarse porque cerca de ella se hallaban otros padrastrones más altos que la dominaban, y si el rival llegaba a ellos con artillería batiría las defensas que se hiciesen y las tomarían; por otro lado, también existía en aquella zona un barranco que podía servir a los enemigos de cuartel para 2.000 hombres sin ser descubiertos ni ofendidos desde la villa. Marco Antonio Genaro creía que no se podrían levantar baluartes en aquella parte de la fortificación, a pesar de lo que dijera el ingeniero, y creía indefendible la plaza, pero para dar «calor» a aquellos naturales afectos al rey, se podría hacer una

«estrada cubierta rodeada de estacadas²², dándole traveses para su defensa, que se puede conseguir con poco gasto y asimismo hacer algún reparo a la torre del molino, que con esto se da a entender a los enemigos y a los naturales que se quiere defender aquel puesto y no se empeña V. E. en grandes gastos en parte donde conocidamente se ve que no se puede lograr los efectos de ellas, y a los naturales se les puede dar esperanzas de que se tratará de mejorar aquel puesto cuando sea posible»²³.

Y en febrero de 1666 llegó un informe del gobernador de Palamós, J. Villa, donde le señalaba cómo las defensas exteriores de la plaza estaban sin levantar, apenas si eran cimientos, cuando solo una gran cantidad de tropas podrían, pues, defender la posición, y tenía toda la artillería sin montar, con apenas capacidad de realizar dos disparos antes de caer en el suelo y, lo más triste, con solo dos artilleros, además inútiles para el servicio. Los almacenes para los víveres, pólvora, etc., prácticamente derruidos y sin posibilidad de reparar.

(22) El virrey Gonzaga ya había dado la orden de cortar 15.000 estacas de 21 palmos para asegurar la estrada cubierta de Rosas cuando se hiciese, así como de ajustar los acarreos de tierra para los terraplenes de dicha plaza y de piedra para la perfección de las medias lunas. ACA, CA, leg. 418, Gonzaga a Mariana de Austria, 2/I/1666.

(23) ACA, CA, leg. 319, consulta del CA, 20/XI/1665. ACA, CA, leg. 423, Gonzaga a Mariana de Austria, 28/XI/1665. ACA, CA, leg. 418, Gonzaga a Mariana de Austria, que incluye el informe de M.A. Genaro, 23/I/1666.

Pero lo que le había movido a escribir la carta a Gonzaga era la situación desesperada que cabía recelar si se conformaban las noticias que le había traído un paisano desde Perpiñán, donde se había hallado varios días, y era que en toda Francia se publicaba que era inminente la guerra contra España y se hacían las primeras diligencias al respecto²⁴.

Merced al servicio de información establecido, el maestre de campo don Pablo de Parada, que se hallaba de servicio en la frontera, pudo a fines de abril advertir sobre la armada francesa en Tolón: esta parecía estar compuesta por 37 navíos de guerra, veinte de mercaderes fletados, doce brulotes de fuego y doce galeras. Como dicha flota tenía tropas a bordo y podía partir en cualquier momento, era necesario meter «gente de la segura del país» en Rosas, y en Palamós también, porque la que había no bastaba para su defensa –en abril de 1667 había 250 hombres en Rosas y 110 en Palamós–, así como arreglar la artillería, que estaba por el suelo, hasta que se viese qué ocurría con la armada de Francia. Parada continuaba su misiva pensando que habría guerra automáticamente si España se ajustaba con Portugal, de modo que Francia disponía en la Guyena de ocho mil infantes y dos mil caballos aprestados, «[...] y con ellos se nos vendrá a Girona y Palamós, que si están en el estado que hoy se hallan no le pueden hacer ninguna resistencia...». Para Parada, si el enemigo atacaba por Palamós, Girona y Hostalric, cayendo estas plazas, harían falta «dos campañas con buenos sucesos en las Armadas de mar y tierra para echarlos fuera». Es decir, otra vez el fantasma de 1640²⁵.

Cuando, el 24 de mayo de 1667, desde la Corte dieron cuenta del rompiimiento de la paz con Francia, el virrey Gonzaga ya hacía meses que clamaba por su relevo –el duque de Osuna sólo llegaría a Cataluña en agosto–. De modo que a inicios de julio aún vería cómo los franceses comenzaban a desembarcar artillería y demás pertrechos de guerra en el puerto de Canet sin problemas, merced a disponer de 15 galeras de servicio, además de los ocho bajeles que aprestaban en el puerto de Tolón. El peligro de la flota francesa era tal que no solo podía atacar cualquier punto del litoral catalán²⁶, sino que el virrey de Valencia recibió órdenes de mejorar sus defensas costeras, en especial la plaza de Peñíscola; el virrey de Mallorca, de hacer lo propio con Ibiza y Menorca, mientras que el virrey de Cerdeña tendría permiso para que la flota de galeras de la isla permaneciera en sus aguas para mejorar su defensa. La única noticia positiva fue la llegada en agosto de ochocientos milaneses

(24) ACA, CA, leg. 418, Gonzaga a Mariana de Austria, 20/II/1666.

(25) ACA, CA, leg. 419, el gobernador de Cataluña, don Gabriel de Llupià, al vicecanciller del CA, 1/V/1666, que incluye la carta de P. de Parada del 28/IV/1666. AGS, Estado, leg. 2686, Gonzaga a Mariana de Austria, 2/IV/1667.

(26) En Arenys de Mar, por ejemplo, el asentista Francisco Grillo fabricaba un navío, y el miedo era, al iniciarse el conflicto, que Francia quemase el casco del barco; por ello, se pensó en enviarlo cuanto antes a Cartagena y allí se acabaría de arbolar. Las medidas defensivas tomadas consistieron en la remisión de una guardia de infantería, se construyó una trinchera y se llevaron dos piezas de una torre cercana para defender los trabajos iniciados. AGS, GA, leg. 3493,

en las galeras de Génova²⁷. Pero en junio, el marqués de Montalbán, que asistía a la Junta de Galeras, aseguraba que estas no estaban preparadas para salir a campaña por falta de dinero y medios (chusma y armas), aunque en el Consejo de Guerra se aseveró que cada año se destinaban 200.000 reales para armar las galeras, de modo que estas deberían estar en mejor disposición para actuar. El marqués de Torcifal fue más allá cuando reclamó, incluso, la necesidad de llegar a un acuerdo con Inglaterra para que una armada de dicha nación patrullase el litoral del Mediterráneo hispano²⁸. Finalmente, Mariana de Austria decidió que solo las galeras de Génova pasarían a España, quedando las demás para guardar Italia²⁹.

Mientras, el arzobispo de Tarragona se hizo eco de la presencia de la flota francesa en las Baleares³⁰ –los rumores señalaban una fuerza de once galeras y treinta y seis navíos– para reclamar también ayuda para mejorar sus defensas y armamento –de modo urgente doscientos arcabuces y algunos artilleros, pues sólo había cinco en servicio para quince piezas en disposición de disparar–. Pero Francia tenía otros designios, que no pasaban por atacar Tarragona, de modo que dejaron seis galeras en Colliure –de las once de las que disponían para sus operaciones en Cataluña– para cualquier contingencia. El virrey, duque de Osuna, se limitó a enviar cien hombres de refuerzo a Rosas y la mitad a Cadaqués, mientras aquellos meses continuaban los trabajos en la mejora de las defensas de Palamós, una vez que las de Cadaqués parece que fueron dejadas por imposibles³¹.

El duque de Osuna, que logró conquistar la Cerdanya³² francesa en la campaña de 1667, estaba convencido que los franceses intentarían en 1668, jugando con su ejército y su armada conjuntamente, tomar Gerona o Rosas para desquitarse. Y aquellas plazas sólo podrían defenderse si se contaba con las galeras de España a tiempo, ordenándose al marqués del Viso que las tuviera aprestadas para el día 10 de abril. El marqués aseguraba que le sobraba celo para hacer lo que se le pedía, pero necesitaba también dinero para llevar-

consultas de la Junta de Armadas, 30/IV/1667, 13/VI/1667 y 19/XII/1667. Al final, el barco se terminó en Arenys, pero se acabó de arbolar en Barcelona, y no en Cadaqués como se había previsto. AGS, GA, leg. 3506, consultas de la Junta de Armadas, 17-29/XI/1668.

(27) ACA, CA, leg. 320, consultas del CA, 20-26/V/1667. ACA, CA, leg. 421, Llupià al vicecanciller del CA, 4-5/VII/1667. ACA, CA, leg. 321, extracto de la carta del gobernador de Cataluña, don Gabriel de Llupià, al vicecanciller del CA, 6/VIII/1667.

(28) AGS, GA, leg. 2134, consulta del CG, 2/VI/1667. Sobre la presencia inglesa en el Mediterráneo véase, Valladares, Rafael, «Inglaterra, Tánger y el ‘Estrecho compartido’». Los inicios del asentamiento inglés en el Mediterráneo occidental durante la guerra hispano-portuguesa (1641-1661)», en *Hispania*, LI, 179/3 (1991): 965-991.

(29) AGS, GA, leg. 2134, consulta del CG, 4/VI/1667.

(30) Sobre la guerra de Devolución en las Baleares, ESPINO LÓPEZ, Antonio: *En la periferia de los reinos periféricos. Guerra y defensa en la Mallorca de Carlos II (1665-1700)*, Ministerio de Defensa-CSIC, Madrid, 2011, pp. 211-213, 227-231.

(31) AGS, GA, leg. 2160, gobernador de Rosas, Marco A. Genaro, a don Diego de la Torre, 10/VIII/1667. ACA, CA, leg. 321, consulta del CA, 14/IX/1667.

(32) Sobre la Cerdanya, ESPINO, Antonio: *La Cerdanya en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*, Milenio, Lérida, 2017.

lo a cabo y, sobre todo, poder transportar a tiempo a los tercios de Granada (mil hombres), que debían ir a luchar a Cataluña, y posteriormente estaría en condiciones de ofrecer sus servicios en la defensa de Roses si fuera menester. El caso es que, para abril, se pidió a las galeras de España, Génova, Nápoles y Cerdeña que estuviesen en Cataluña. Pero no solo se trataba de enviar tropas a Cataluña, en marzo de 1668; también se pidió que las galeras de España transportasen 1.500 quintales de pólvora y 2.500 de cuerda desde Cartagena y 700 arneses de caballo desde Cádiz. Mientras, también se recibían avisos de cómo los franceses aprestaban catorce galeras y tres galeotas para atacar la costa catalana, mientras que a Mallorca llegaban avisos en el sentido de que en Tolón los franceses aprestaban dieciocho o veinte navíos, y otras tantas galeas en Marsella. En todo caso, la situación se salvó cuando a inicios de mayo se confirmó la firma de la paz de Aquisgrán³³.

Hacia la guerra de Holanda, 1668-1673

Tras la Guerra de Devolución (1667-1668), mientras Luis XIV viajaba hasta Marsella para dar calor a la armazón de barcos y galeras –según informes recibidos por el Consejo de Estado–, la reina gobernadora, Mariana de Austria, había concedido al marqués de Aytona facultad real para disponer el establecimiento de la Compañía Española del Comercio Armado, habiendo hecho subdelegados a don Gabriel de Llupià para Cataluña y a don Miquel Calvà para Mallorca, de la misma forma que un año antes, en junio de 1668, se hizo subdelegado por Valencia al conde de Cervellón. Se pidieron todos los apoyos posibles a todo el mundo para que el intento alcanzase el mayor logro. Pero apenas tuvo alguno³⁴.

Con la llegada del duque de Sessa y Baena al virreinato catalán se procuró poner en orden el estado de las fortificaciones catalanas. En lo que respecta a las más importantes para el desarrollo de la guerra marítima, y aparte de Barcelona, Sessa descubrió que en Palamós se empezó a construir una ciudadela en tiempos de don Juan José, es decir a partir de 1653, y hasta la época del virreinato de Vicente Gonzaga se gastaron 96.000 reales, pero el duque de Osuna quiso hacer algo más y empezó a levantar una encamisada de cal y canto, pero sin haber perfeccionado antes el foso y la estrada cubierta; ahora bien, el muelle estaba derribado y era lo que más importaba, lógicamente, para dar abrigo a las galeras –y hacer de Palamós un auténtico puerto de importancia militar–. Cadaqués no era un lugar fácilmente defendible; de hecho, los franceses no hicieron en él grandes defensas cuando lo ocuparon, añadía el duque de

(33) AGS, Estado, leg. 2687, marqués del Viso a Mariana de Austria, 19/II/1668. AGS, GA, leg. 2162, consulta del CG, 26-27/III/1668. AGS, Estado, leg. 2687, consulta del CE, 10/IV/1668. ACA, CA, leg. 1018, consulta del CA, 9/V/1668.

(34) AGS, Estado, leg. 2688, consulta del CE, 8/I/1669. ACA, CA, leg. 332, Carlos II al vicecanciller del CA, 11/VI/1669.

Sessa en su informe, aunque reconocía que el puerto era grande y se podía usar muy bien³⁵. Y no se podía bajar la guardia, dado que los franceses no cesaban de realizar prevenciones de todo tipo: por ejemplo, en 1670 había quien consideraba que volvería a haber guerra con Francia cuando esta envió a Octavio Centurini a comprar esclavos a Malta para sus galeras, además de estar armando otras, de modo que deberían temerse de nuevo operaciones en aquellos mares, sobre todo cuando Cataluña estaba tan desprotegida, sin apenas tropas suficientes para las guarniciones, cuando solo la de Puigcerdà necesitaba 2.500 infantes –en aquel momento había en toda Cataluña 3.747 soldados de infantería– y la caballería correspondiente. Y en mayo de 1672 le llegó una orden al duque de Sessa para prevenir los puertos catalanes de un más que posible ataque de Francia –que había iniciado un conflicto con las Provincias Unidas–. El virrey aprovechó la coyuntura para señalar que, justamente a causa de la falta de medios económicos, pues nunca se había hecho caso de sus demandas, no había nada preventido en Cataluña y, por lo tanto, todas las plazas y puertos estaban abiertos e indefensos. El Consejo de Estado no pudo dejar de señalar que, aunque eran ciertas las aseveraciones del duque, no se podía aceptar su sugerencia de impedir la entrada de barcos –y de armadas– franceses en los puertos catalanes, alegando que había peste en el país vecino, por irse contra los tratados de paz si así se hacía –e, indirectamente, tal medida podía hacer enfadar a Francia, un temor que, en el fondo, era el trasunto de toda la cuestión–. El Consejo de Estado acabó por dictaminar que el virrey permitiese entrar a cualquier unidad de Francia en los puertos catalanes, sobre todo por tenerse la convicción de que los franceses no podían físicamente introducir una armada poderosa en ninguno de ellos por el mal estado de los mismos. Una política que podría calificarse de hacer de la necesidad virtud³⁶.

También hubo un cierto interés por fabricar galeras en Cataluña o, mejor dicho, por que no se perdiera del todo la tradición constructora. El asentista don Francisco Montserrat, futuro marqués de Tamarit, entraría en el negocio de fabricar tres galeras en Barcelona, una destinada a almiranta de la escuadra de España, por un montante de 360.000 reales de ardites. En febrero de 1672 no se habían concluido, aunque urgían³⁷.

A punto de dejar su cargo en 1673, el duque de Sessa pudo decir cómo se había trabajado en las plazas marítimas catalanas: en Roses habían perfeccionado algunos puentes levadizos y puertas, y se había laborado en la construcción y mejora de los cuartes, hospital y casas de los oficiales, así como en desaguar los fosos de la plaza, «que es lo que más necesitaba (...) para la salud de los que la habitan»; además se habían abierto troneras para la artillería y reparado la muralla donde lo había necesitado. En Cadaqués se había

(35) ACA, CA, leg. 323, Sessa a Mariana de Austria, 22/III/1670.

(36) AGS, Estado, leg. 2690, consulta del CE, 13/V/1670. ACA, CA, leg. 427, Gabriel de Llupià, al vicecanciller del CA, 22/XI/1670. AGS, Estado, leg. 2694, consulta del CE, 31/V/1672.

(37) AGS, GA, leg. 3525, consultas de la Junta de Armadas, 27/VIII/1670 y 25/X/1670. AGS, GA, leg. 3543-1, consulta de la Junta de Galeras, 22/II/1672.

levantado más de la mitad del revellín de la puerta principal, y desde aquella a la puerta llamada «de los italianos» se había alzado el parapeto de la estrada cubierta en piedra, además de construir almacenes para las municiones y grano. En Palamós se había profundizado buena parte del foso de la ciudadela con la contraescarpa, además de fabricar un almacén con capacidad para 900 barriles de pólvora. En el puerto se había acabado una plataforma para una docena de piezas artilleras, y una trinchera de pared para cerrar el puerto y el arrabal de la ciudad. Palamós era, por entonces, la gran apuesta: había recibido en los años del virrey Sessa 75.000 reales, una cantidad que se mantendría en 1673, cuando se invirtieron 57.086 reales, y 1674, con 98.516 reales, gracias a que, estando ya el virrey San Germán al frente del virreinato catalán, este manifestó cómo Palamós era «plaça en que tienen puestos los ojos los franceses para poder mantener sus armadas y se les abriría el camino para cualquier empresa en Cataluña»³⁸. Además, el virrey Sessa aseguraba haber botado en 1672 tres galeras, sin duda las fabricadas bajo asiento por F. Montserrat, y aquel año (1673) se trabajaba en una cuarta galera, quedando materiales almacenados para construir una quinta embarcación³⁹. El gasto debió de ser considerable: sabemos que la pagaduría del ejército de Cataluña destinó 263.725 reales a la fabricación de galeras entre 1662 y 1667⁴⁰, y en el periodo 1679-1688 se gastaron otros 409.692 reales para la fabricación de dos galeras en Barcelona⁴¹. De hecho, en febrero de 1673, los diputados de Cataluña se quejaron formalmente ante el virrey Sessa de la tala abusiva de árboles destinados a la construcción de naves para usos militares en las atarazanas de Barcelona, refiriéndose a los notables abusos y

(38) AGS, GA, leg. 2287, San Germán a Mariana de Austria, 21/X/1673.

(39) En comparación, según informó en su momento el gobernador de Menorca, J. Bayarte, en 1671 Francia prestaba 19 galeras en el puerto de Marsella y otras cuatro en Tolón, además de construirse otras tres, mientras que el número de sus navíos en el Mediterráneo era de medio centenar. AGS, GA, leg. 2247, dos cartas de don Juan Bayarte a Mariana de Austria, 25/II/1671. ACA, CA, leg. 1015, consulta del CA, 22/IV/1671. Y en 1672 los datos eran aún más preocupantes. En el Consejo de Estado, el condestable de Castilla confeccionó un resumen con las informaciones acerca del poderío naval de Francia: Luis XIV contaba con 84 navíos y otros once que se prestaban; además, había 22 navíos en astillero. También había 10 navíos poderosos dedicados al corso, 25 pingües y brulotes, 24 galeras, tres galeotas y dos galeras en astilleros. AGS, Estado, leg. 2694, el condestable a Mariana de Austria, 9/III/1672. AGS, Estado, leg. 2694, consulta del CE, 30/III/1672.

(40) Feliu de la Peña informa de la construcción del navío *San Pablo* en 1663, en tiempos del virrey Castel-Rodrigo, y en 1668 del navío *N. Sra. del Pilar*, conocido como *La Gerona*, en Arenys de Mar en tiempos del virrey Osuna. FELIU DE LA PEÑA: *Anales de Catalunya* III, pp. 346, 351.

(41) AGS, Contaduría Mayor de Cuentas (en adelante CMC), 3.^a época, leg. 2692, cuentas de los gastos en fortificaciones en Cataluña (1666-1676). ACA, CA, leg. 328, consulta del CA, 26/VII/1673, con una carta-informe del virrey Sessa y Baena del 15/VII/1673. AGS, CMC, 3.^a época, leg. 1888/1, cuentas de Juan de Gachapay, pagador del ejército de Cataluña, 2/XII/1662 hasta 2/VI/1667. AGS, CMC, 3.^a época, leg. 3121, cuentas de Juan de Gachapay y Vera, I/1680 a V/1688. Y todavía entre 1697 y 1700 se concedieron otros 185.780 reales de plata para tales

«extraordinaris excessos se [h]an fet y de cada dia se continuen en devastar y arruynar los boschs, valls y montanyes a hont los arbres se fan, fentaquellsinútils, convertint-ho en propis usos y comoditats, comés pega, carbó, alquitrà, trementina y altres, fent-ne bigas (...) per aportar en altresregnes, y que també ne fan sahetias y barcas majors y menors, ab color que han de servir per naturals de Catalunya las vènan a personas estrangeras, [y] ha constat ser los boschsmoltdestruïts per los excessos y abusos, de tal manera que rèstan impossibilitats, y haurie de cessar la continuació de la fàbrica de galeras y altresembarcacionessecessàries per alservey de custòdia del mar y conservació de la santa fe cathòlica»⁴².

El virrey, que no estaba ya en los mejores términos con los diputados catalanes, respondió en abril señalando que él solo había cumplido reales órdenes y que era del máximo interés de la Monarquía, como sin duda lo era de sus dueños, mantener lo mejor posible los bosques que suministraban los materiales para la construcción de las galeras⁴³.

Siendo importantes, todos aquellos esfuerzos, en realidad, habían sido muy reducidos dada la delicada situación de la Real Hacienda de la Monarquía, una realidad que se haría muy palpable los siguientes años. Desde la Corte, don Diego Sarmiento aseguraba que en aquella coyuntura «la maior defensa que han de tener estos reynos ha de ser el de una Armada así de navíos como de galeras que son los exércitos portátiles que acuden al socorro donde es menester». Y el príncipe de Brabanzón opinaba, al hacerse eco de algunas consideraciones político-estratégicas del momento⁴⁴, que, en realidad, la defensa de las fronteras de España empezaba en el norte de Europa, y gracias a los «auxilios y fabores que recibieren de esta Corona los [H]olandeses», puesto que una Francia en posesión de las 17 provincias de los Países Bajos, con toda la potencia marítima de los neerlandeses de su lado, no solo podría atacar la Península, sino que «al cavo le quitara el imperio de las Indias». Por otro lado, don Diego Sarmiento creía que «[h]ay pazes que son de maior perjuicio que la guerra como sucede en el caso presente, pues sin llegar a rompimiento estamos en peor estado que si lo hubiere». El marqués de Castel-Rodrigo creía necesario fijar el ejército de Cataluña en 16.000

menesteres. AGS, CMC, 3.^a época, leg. 900, José de la Plaza, pagador general del ejército de Cataluña, 5/II/1697 a 30/III/1700.

(42) «...notables abusos y extraordinarios excesos [que] se [h]an hecho y de (*sic*) [que] cada día se continúan al devastar y arruinar los bosques, valles y montañas en donde los árboles se hacen, haciendo aquellos inútiles, convirtiéndolos en propios usos y comodidades, como es pega, carbón, alquitrán, trementina y otros, haciendo bigas [...] para llevar a otros reinos, y que también se hacen sahetias y barcas mayores y menores, y con la excusa que habrían de servir por naturales de Cataluña las venden a personas extranjeras, [y] ha constado estar los bosques muy destruidos por los excesos y abusos, de tal manera que quedan imposibilitados, y habría de cesar la continuación de la fábrica de galeras y otras embarcaciones necesarias para el servicio de custodia del mar y conservación de la santa fe católica».

(43) *Dietaris de la Generalitat*, vol. vii, Anys 1656 a 1674, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2002, pp. 567, 642-643.

(44) HERRERO SÁNCHEZ, Manuel: *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, CSIC, Madrid, 2000, pp. 191 ss.

infantes (de los que 4.500 los pagaría los reinos de la Corona de Aragón) y 4.000 caballos para poder hacer una guerra defensiva efectiva, además de recibir apoyo de la Armada que, según el almirante de Castilla, era «lo más importante en la constelación presente con que se pueda asistir a toda la Monarchía»⁴⁵.

Epílogo y conclusiones

La Monarquía Hispánica continuó durante casi dos décadas, hasta el inicio de la Guerra de los Nueve Años en 1689, arrastrando parecidas dificultades económicas a las expuestas en las páginas precedentes, que siempre se tradujeron en una deficiente defensa de la frontera catalana. A las necesidades para acabar de arreglar algunas plazas como Rosas o Palamós –en 1679 el ingeniero J. Rinaldi evaluaba en 300.000 y 360.000 reales respectivamente el gasto para poner en una mínima defensa ambas plazas⁴⁶–, se le añadiría la necesidad imperiosa de volver a levantar las fortificaciones de Puigcerdà, derruidas por los franceses antes de devolver la citada plaza por la paz de 1678. Ante tamañas dificultades, difícilmente pudo la Monarquía cuidar otros aspectos como la marina de guerra. Así, las cosas siguieron igual, como se ha mencionado. Por ejemplo, en 1682 y 1683, cuando los rumores del ataque francés a Luxemburgo se confirmaron, también lo hicieron los aprestos de la armada francesa en Tolón y Marsella, especialmente en 1683, momento en el que se reconoció que todo el litoral catalán estaba desprotegido ante cualquier ataque que intentase Francia con su armada. Se decía, por ejemplo, que las galeras que ya estaban en Port-Vendres podían atacar Cadaqués en cualquier momento si se declarase la guerra⁴⁷. Y, desde luego, cuando comenzó la guerra de Luxemburgo, que en la práctica se alargó de mayo a inicios de agosto de 1684, buena parte de la estrategia defensiva hispana se desarrolló en función de la presencia de la flota francesa, en aquel momento compuesta por treinta galeras y veinte navíos, y la posibilidad real de que atacase Barcelona junto con un ejército de campaña superior en efectivos al hispano. Incluso a fines de junio de 1684 cayó Cadaqués, como para confirmar todos los temores. Si Barcelona no fue molestada entonces, sí sufriría ataques de la armada francesa

(45) AGS, GA, leg. 2286, duque de Sessa a Mariana de Austria, 15/VII/1673 y consultas del CG, 7-24/VII/1673. ACA, CA, leg. 328, consulta del CA, 26/VII/1673. AGS, Estado, leg. 2696, consulta del CE, 30/VIII/1673.

(46) AGS, GA, leg. 2444, virrey Bourbonville a Carlos II, 6/IV/1679 con los informes de J. Rinaldi 6/II/1679 y 30/III/1679.

(47) ACA, CA, leg. 235, virrey Bourbonville a don F. Izquierdo de Berbegal, secretario del CA, 4/IV/1682. ACA, CA, leg. 333, consultas del CA, 21/VI/1683 y 27-30/IX/1683. En realidad, y como sabemos, el objetivo de la armada de Francia aquel año fue Argel, pero tanto Cataluña como las Baleares se inquietaron. Archivo Nacional de Cataluña (ANC), sección Castelldosrius, caja 95, Bourbonville a don Manuel de Sentmenat, virrey de Mallorca, 3-22/V/1683 y 18/VI/1683.

en 1691 y 1693, al igual que localidades como Málaga y, sobre todo, Alicante⁴⁸, y especialmente sería clave la presencia de la armada francesa en la expugnación de la Ciudad Condal en 1697.

A lo largo del periodo analizado en este trabajo, de 1652 a 1673, hemos podido comprobar cómo la presencia de galeras hispanas –y algunos bajeles–, claves para el transporte de tropas y de material de guerra hacia Cataluña, y de Barcelona hacia los puertos situados en el frente –Rosas, Palamós, Cadaqués, Sant Feliu de Guíxols, Blanes–, en cambio, dada su debilidad, apenas si pudieron combatir con las unidades francesas, que desde Tolón y Marsella podían ayudar, y así lo hicieron, a las tropas terrestres de Luis XIV. Dejando aparte la guerra de Mesina, donde sí se produjeron serios enfrentamientos navales, en el caso del frente catalán apenas el rumor del avistamiento de la flota francesa servía para que el virrey de turno se viera obligado a variar toda su estrategia defensiva. Y los franceses lo sabían. Con ejércitos de apenas diez o doce mil efectivos, pero con el concurso de su armada, sabían que podían invadir el norte de Cataluña, por el Ampurdán o la Cerdanya, o por ambos territorios al mismo tiempo, ya que el acercamiento de sus unidades marítimas hacia Rosas, Palamós o Cadaqués, y no digamos ya Barcelona, automáticamente obligaba a los virreyes de Felipe IV y de Carlos II a retirar sus escasas tropas de la campaña para guarnicionar las plazas marítimas. Por otro lado, la escasa calidad de las fortificaciones obligaba a que el número de los soldados destinados a dichas guarniciones fuese notable. Y de esa forma, los franceses tenían garantizada casi siempre su superioridad numérica en campaña. Es más, cuando esta no estaba asegurada, precisamente la mejor fórmula para que la Monarquía Hispánica retirase tropas de la campaña era la misma: insinuar con su armada un ataque simultáneo. Numerosos virreyes reclamaron disponer de fuerzas marítimas equivalentes, porque sabían que un ataque simultáneo por tierra y mar hacia el Rosellón era la única fórmula válida para empujar a Francia fuera de los condados catalanes perdidos en 1659. Nunca se logró, y la frustración para los profesionales de la guerra hubo de ser enorme, cuando además se mezclaba con la propia frustración catalana no solo por no poder recuperar los territorios anexionados por Francia, sino también por padecer las invasiones galas año tras año.

(48) En realidad, desde el bombardeo de Génova de 1684, las ciudades del litoral mediterráneo hispano estaban muy avisadas del poderío de la armada francesa. Sobre el bombardeo de Génova, PETER, Jean: *Les artilleurs de la Marine sous Louis XIV*, Economica, París, 1995, pp. 97-102, y BITOSSI, C.: «Il bombardamento di Genova nel 1684», en *Atti della Giornata di studio nel terzo centenario*, Génova, 1988, pp. 39-69, citado por HERRERO SÁNCHEZ, Manuel, «La quiebra del sistema hispano-genovés (1627-1700)», *Hispania*, vol. LXV/1, núm. 219, 2005, 115-152, pp. 149 ss.